

Tocaban a sus fin las vacaciones y mi tío dispuso hacer un paseo, al que yo debía concurrir. Acepté a regañadientes, y un martes muy temprano salimos de la ciudad en busca de una famosa catarata del río Cacao, en compañía de algunas amigas de Teresa. Las mujeres cargaban pequeñas canastas y envoltorios; mi tío, unas grandes alforjas en las que, además de víveres y botellas, llevaba ropa limpia para mí, que había resuelto bañarme en la catarata; y yo la bolsa de las tortillas y un saquillo con cal, para pescar *barbudos* en el río. Muy poco nos habíamos alejado de la ciudad cuando un policía nos dió alcance y le dijo a mi tío que necesitaban su presencia en la Alcaldía para un asunto muy importante y urgente. Protestaron las mujeres, pero mi tío se devolvió de allí, después de advertirnos que no debíamos esperarlo porque él nos alcanzaría pronto en su caballo.

Continuamos el camino guiados por las indicaciones de doña Dolores que lo conocía muy bien, y yo, como único “hombre” de la comitiva, me aseguré con mucha ostentación el cuchillo que llevaba en la cintura y cogí la delantera.

Llegamos al río Cacao y lo atravesamos por un puentecillo de hama-ca, para continuar por la margen opuesta, más baja y menos accidentada. De pronto, mientras caminábamos en grupo y muy alegremente, nos llamó la atención un ruido extraño que se produjo en la otra orilla del río. Volvimos a ver. De la entrada de una pequeña cueva que se advertía en el alto paredón de enfrente, todavía se desprendían y rodaban hacia el bajo multitud de piedrecillas y alguna tierra suelta.

—¡Ahí se acaba'e meter un animal! —aseguré yo. Y añadí, para darme más importancia: —¡Tal vez una culebra!... ¡Hay que matarla! —Y dejando sobre una piedra la bolsa y el saquillo que llevaba, desenfundé el cuchillo y me eché al río con exagerada resolución.

Las mujeres, asustadas, armaron entonces una gran alharaca, anunciándome peligros terribles y exigiendo a gritos que me devolviera. Pero me hice el sordo y un momento después llegué a la otra orilla, desde donde pude oír a doña Dolores diciendo, furiosa:

—¡Vámonos nosotras de aquí! ¡Si por cabezón le pasa una desgracia, que no diga después don Zacarías que nadie se lo alvirtió!—Y la vieja, arrastrando tras ella al temeroso grupo, se alejó apresuradamente.



Yo, satisfechísimo de poder demostrar mi mucha valentía, subí por el paredón y me asomé a la cueva. Allí, entre lo oscuro, un poco adentro pero al alcance de mi mano, logré distinguir el trasero peludo de un animal. Fui metiendo el brazo izquierdo poco a poco, a tientas, y de pronto agarré el tronco de una cola y de un recio tirón logré arrastrar al animalejo casi hasta la entrada misma de la cueva, donde al fin pudo afirmarse y hacerme resistencia. Entonces, sin aflojar la mano, intenté acomodarme mejor para tirar de nuevo, y en ese mismo momento sentí en mi cara dos o tres calientes chorrillos de un líquido espeso, amarillento y hediondo, que me ardía la piel y que estuvo a punto de asfixiarme. Desde allá, de lejos, llegaron hasta mí los escandalosos gritos de doña Dolores:

—¡Es un zorro hediondo! ¡Es un zorro hediondo! ¡Quítese de ahí, cochiiiiino...!

Tosiendo y lagrimeando, pero sin soltar la cola, le repliqué en voz baja, rabioso:

—¡Vieja hijueputa! ¡Seguro necesito que su alma me lo venga a decir ahora! — Y con la mellada punta del machete logré inutilizar la glándula que el animal tenía bajo la cola y que le sirviera de cañoncito para ofenderme con sus certeras descargas de apestoso almizcle.

Ya desarmado mi enemigo, de otro furioso tirón conseguí desprenderlo de la estrecha cueva y arrojarlo al agua; detrás de él me tiré de cabeza al río y allí me vengué convirtiéndolo en picadillo a machetazos.

Vencí al zorrino, y comprobé además que no existían tales "orines de zorro hediondo", como decía la gente. Y mi hazaña no era despreciable, porque los propios perros aúllan y se revuelcan desesperados cuando este animalejo logra alcanzarlos con su terrible almizcle. Pero salí de esa lucha en un estado lamentable y ridículo. Sentía náuseas, me ardían los ojos y la cara, tenía la piel de las manos y las uñas amarillas y estaba tan pestífero que, si me acercaba siquiera a cien varas de donde estaban las mujeres, desde allá me gritaban éstas:

—¡No se acerque, cochino! ¡Hiede a demonios, y no vamos a poder almorzar!

Desesperado, me quité la ropa y la dejé entre el río, prensada con una piedra, para que se fuera lavando; luego metíme al agua, cerré los ojos y me restregué de los pies a la cabeza con puñados de cal. Inútil resultó ese peligroso baño: al salir del agua pude comprobar con aflicción que seguía apestando a ajos machacados con azufre y amoníaco y revueltos con chile y sudor de Satanás. Entonces, resignado, eché a andar por la orilla del río, en calzoncillos, manteniéndome siempre muy alejado de las mujeres; y cuando al poco rato éstas llegaron a la hermosa catarata y se sentaron a contemplarla, yo me detuve a doscientas varas de distancia y me metí entre el agua hasta la barbilla para no sentir mi mal olor.

Apareció poco después mi tío, a caballo y con las alforjas, e inmediatamente doña Dolores, con muchos aspavientos, le contó lo que me había ocurrido. Mi tío estaba de buen humor; echó a reír y llegó a donde me encontraba yo burlándose todavía del chasco mío, pero llevándome la ropa limpia y una aromática pastilla de jabón para que me bañara. Allí

mismo lo hice y luego me volví a bañar en la catarata, hasta agotar el jabón. Después me vestí y me senté al sol, sobre una piedra, siempre apartado de los demás, hosco y sin poder probar ni un bocado del apetitoso almuerzo que habían llevado las mujeres.

Al regreso, recogí la ropa sucia y la eché entre el saco de la cal, que luego fui arrastrando por el camino con un largo cordel. Y cuando entramos a la ciudad, ya oscureciendo, al pasar yo por la media calle los vecinos gruñían, asqueados:

—¡Uf, qué chanco! ¡Ahi lleva un zorro hediondo! ¿Pa qué lo querrá? ¿Pa comérselo?